

CAPÍTULO II

Visitan los españoles el gran *teocalli*. Se manifiesta que estaba en Tlatelolco.
—Gran mercado de Tlatelolco.—Número de personas que concurren al mercado.—Gran templo de Huitzilopochtli.—Los españoles contemplan la ciudad desde sus elevadas torres ó santuarios.—Cortés indica á Moctezuma que sería conveniente colocar allí una cruz.—Contestacion del monarca azteca.

Pocos momentos despues de haber recibido la atenta contestacion de Moctezuma, Hernan Cortés, dejando en el cuartel una fuerza suficiente, montó á caballo, y poniéndose al frente de su pequeño escuadron y de la mayor parte de los soldados españoles se dirigió al gran *teocalli*, al templo principal, edificado al númen de la guerra Huitzilopochtli.

No se levantaba ese suntuoso templo en el sitio que hoy

ocupa la catedral católica, sino á un lado de la gran plaza de Tlatelolco, como ya tengo indicado (1).

Varios personajes de la primera nobleza azteca, enviados por Moctezuma, acompañaban á Hernan Cortés para enseñarle las calles que conducian al teocalli.

Los soldados españoles, recelando siempre alguna celada, iban prevenidos para luchar, aunque sin demostrar desconfianza ninguna (2).

El caudillo castellano observaba, al pasar, la disposición de las calles, los puentes y la anchura de los canales.

Una hora antes de que el general castellano hubiera salido del cuartel, Moctezuma se habia dirigido al templo, para evitar que se profanase el santuario de su deidad tutelar.

Sentado en sus ricas andas y acompañado de la grandeza del reino, salió de su palacio, precedido de los tres nobles que siempre que se presentaba en público marchaban con unas varas de oro levantadas, advirtiéndole así al pueblo la presencia de su soberano. Al llegar á corta distancia del templo, descendió á tierra, y apoyado en los brazos de dos distinguidos señores de la corte caminó á

(1) Si el templo principal, como todos han creído, hubiera sido el levantado por Ahuizotl en 1482, Cortés hubiera ido á él, por estar á unos cuantos pasos de su cuartel, á pié, con algunos oficiales, como fué á visitar á Moctezuma que se hallaba á mas distancia aun, y no con todo su ejército.

(2) «Muy apercibidos fuimos al Tlatelolco» (así llamaban los españoles al templo, por estar en Tlatelolco).—Bernal Diaz del Castillo. Si hubiese estado á un lado de los cuarteles españoles como estaba el templo que ocupaba el sitio en que hoy está la catedral, no hubiera sido necesario ir como quien se dispone á dar una batalla.

pié hácia el teocalli, pues era tenido por desacato acercarse de otra manera á la casa de los dioses (1).

Mientras el emperador Moctezuma, rodeado de sacerdotes de la mas alta jerarquía, se entregaba á las prácticas religiosas, y humilde y respetuoso incensaba al númen de la guerra, Hernan Cortés marchaba lentamente por las calles, observando cuidadosamente cuanto le rodeaba.

Un numeroso gentío se agolpaba á ver pasar á los españoles, con el mismo afán y curiosidad que el dia de la recepción. Las azoteas, las puertas y las ventanas se veian llenas de personas de todos sexos y edades.

El caudillo español veia en el traje, en el porte, en el despejo de los habitantes de la capital azteca la gran superioridad que tenian sobre los habitantes de los pueblos de otras provincias (2). Los ricos llevaban finas capas de algodón, atadas al cuello por un nudo hecho con las dos puntas de la manta, y muchos nobles ricos mantos de vistosas pieles ó de bellas plumas de dos fases, de una belleza

(1) Esta marcha de Moctezuma al templo, en litera, precedido de los que llevaban las insignias reales, que la refiere Bernal Diaz, es otro dato que demuestra que el templo principal estaba en Tlatelolco. Si hubiese estado donde se halla hoy la catedral, hubiera salido á pié, puesto que de su palacio al teocalli levantado por Ahuizotl, solo habia unos cuantos pasos.

«Y acordó—dice el soldado historiador—de ir él en persona con muchos de sus principales, y en sus ricas andas salió de sus palacios hasta la mitad del camino, y cabe unos adoratorios se apeó de las andas, etc.»

(2) «La gente de esta ciudad es de mas manera y primor en su vestido y servicio, que no la otra de estas provincias y ciudades; porque como allí estaba siempre este señor Moctezuma, y todos los señores sus vasallos, ocurrían siempre á la ciudad, habia en ella mas manera y policia en todas las cosas.»—Cortés, segunda carta á Carlos V.

y finura sorprendentes (1). Las mujeres llevaban una tela de algodón, mas ó menos rica, segun la posicion social que ocupaban, arrollada á la cintura, que les bajaba hasta cerca del tobillo, y una especie de camisa, llamada huepilli, que caia de los hombros á la cintura. Algunas de éstas estaban bellísimamente trabajadas, ostentando preciosas labores y vistosas orlas.

Al llegar los españoles á la plaza de Tlatelolco, ó gran mercado de la capital, quedaron sorprendidos de su animacion, belleza y buen órden. Mas de sesenta mil personas se encontraban reunidas en aquel espacioso sitio que, segun Hernan Cortés, era dos veces mayor que la famosa de Salamanca. Bellísimos y ámplios portales la cercaban, y en ella se encontraban reunidos los traficantes de todos los pueblos inmediatos, con los productos y manufacturas en que cada provincia se habia singularizado por la perfeccion de sus obras. Para cada artículo habia un departamento separado; de manera que el comprador encontrase lo que necesitaba, dirigiéndose directamente al sitio señalado al objeto que deseaba adquirir. Allí se veian las bellas obras de orfebrería de los famosos artífices de Azcapozalco, notables en el arte de trabajar el oro y la plata; los vendedores de magníficos mosaicos de pluma; de ricas telas de algodón; los comerciantes en cacao; los

(1) «Vi muchas mantas» — dice Zuazo, — «de á dos haces labradas de plumas de pavos de aves tan suaves, que trayendo la mano por encima á pelo y á pospelo, no era mas que una manta zebellina muy bien adobada: hice pesar una de ellas, no pesó mas que seis onzas. Dicen que en el tiempo del invierno una abasta por encima de la camisa sin otro cobertor ni mas ropa encima de la cama.»

herbolarios; los alfareros de Cholula con su exquisita loza altamente estimada en todas las provincias; los estereros de Cuautitlan; las ramilleteras de Xochimilco; los vendedores de pieles de tigre, de venado, de leones y de nutrias; los fruteros de tierra caliente; las tortilleras que elaboraban el pan de maíz; los comerciantes en gallinas, aves de caza, conejos, liebres y venados; y todos, en fin, los que algo tenian que poner en venta. Nada faltaba en aquel mercado de lo que la naturaleza, la agricultura, el arte y la industria producian.

En determinados puntos de la plaza se veian grandes sacos de cacao, fardos de algodón y finas telas de tapicería de preciosos dibujos. Pero lo notable por la belleza y perfeccion, eran las preciosas alhajas de oro, plata y pedrería, en que cifraban su principal lujo los nobles y los grandes. Nada se podia pedir de mas perfecto. Los mas diestros plateros de Europa no superaban á los plateros aztecas en imitar, con aquellos ricos metales, las aves y los peces, sus plumas y sus escamas, sus brillantes ojos y sus matizadas colas (1).

Allí encontraba el que deseaba estrenar un traje, vestidos completos, desde la tela mas ordinaria hasta la mas fina y delicada. Tiendas habia destinadas exclusivamente á la venta de espejos, hechos de obsidiana, especie de lava

(1) Ponderando Cortés las obras de orfebrería, plumas y piedras, dice: «Contrahechas de oro y plata, y piedras y plumas, tan al natural lo de oro y plata, que no hay platero en el mundo que mejor lo hiciese, y lo de las piedras que no baste juicio á comprender con qué instrumentos se hiciese tan perfectamente, y lo de pluma, que ni de cera, ni en ningun broslado se podria hacer tan maravillosamente». — Cortés, segunda carta á Carlos V.

de aspecto semejante al del vidrio, perfectamente bruñidos. Las zapaterías ocupaban un extremo de la plaza. En otro departamento se encontraban las barberías; en ellas usaban los barberos navajas de un pedernal durísimo, cuyo filo cortaba como si fuese de acero, y que bastaba para afeitarse á los indios que, como es sabido, tenían escasísima barba; generalmente entraban en esas barberías á arreglarse el pelo y á que les lavasen la cabeza.

El militar encontraba en aquella plaza cascos de madera, figurando cabezas de feroces animales, abriendo la boca y enseñando sus agudos dientes; arcos, flechas y el formidable *maquahuitl*, ó espada mejicana, cubierta de cortantes hojas de obsidiana. En otras tiendas se vendían libros en blanco, de hojas de maguey, que era el *papyrus* mejicano, doblados como abanicos, para la escrito-pintura jeroglífica.

En un sitio ventilado se vendía pescado fresco, cogido en las diversas lagunas; y en otro próximo, la leña; navajas de pedernal; hachas de latón, y abundante cobre y estaño.

Abundaban las legumbres, las semillas, las verduras, las raíces alimenticias y el grano mas apreciado en aquellos países, el nutritivo maíz. También se vendían empanadas de pescado y de aves; sabrosos tamales, pasteles, miel de abejas, de caña y de maguey. No faltaban figones en que regalar el paladar con viandas perfectamente preparadas, cuyo agradable olor excitaba el apetito, ni bebidas espirituosas, como el pulque y la delicada hecha del cacao (1).

(1) «Véndense huevos asados, crudos, en tortilla, é diversidad de guisados,

Era una plaza perfectamente provista, donde se reunían todos los frutos de los diversos señoríos sujetos al imperio, y en consecuencia, de todas las zonas.

Allí estaban reunidos todos los ramos de la agricultura, de la industria y de las artes.

No había una sola tienda que no estuviese adornada con flores, á las cuales eran sumamente aficionados los antiguos aztecas. El gusto por ellas ha continuado en los modernos mejicanos, y raro es el edificio de la moderna ciudad que no tenga convertidos sus anchos corredores en otros tantos pensiles de las mas exquisitas flores.

Bajo uno de los pórticos principales, se veían de venta esclavos de ambos sexos, unos sin atadura ninguna, y otros atados á largas varas y con collares al pescuezo. El número de estos desgraciados era considerable, y su fin, generalmente, el de ser conducidos á la piedra de los sacrificios en alguna de las fiestas celebradas en honor de los dioses (1).

Respecto del orden, nada podía exigirse mas cumplido. Celosos agentes de policía velaban de la legalidad de los contratos, de impedir los abusos, de inspeccionar las aves muertas y los pescados, á fin de que no estuviesen pasados, y de conducir presos á los contraventores del reglamento de mercados.

que se suelen guisar, con otras cazuelas y pasteles, que en el mal cocinado de Medina, ni en otros lugares de Flamencos dicen que hay, ni se pueden hallar tales trujamanes». — Zuazo. Carta MS.

(1) En el primer tomo de esta obra, al hablar de la misma plaza, puse en una nota lo que Bernal Diaz refiere respecto al número de esclavos de ambos sexos que llevaban á vender al mercado.

En uno de los ángulos de la misma plaza habia un tribunal compuesto de doce jueces, revestidos de amplias facultades, para resolver las cuestiones y castigar á los que cometiesen alguna falta. Las cuestiones y diferencias se resolvian en el acto, y los castigos se aplicaban á los pocos momentos, sin salir del mercado. La severidad de aquéllos jueces era muchas veces excesiva, y algunas hasta cruel; pero preciso es confesar que pocas veces tenian necesidad de aplicar castigos.

Hernan Cortés y sus soldados miraban con asombro la admirable distribucion, la abundancia y arreglo que existia en todo, y formaron una alta idea de los recursos grandiosos del país, de su riqueza y del poder de su emperador.

Sorprendidos de la diversidad de objetos y del numeroso gentío que cruzaba por todas partes, muchos soldados juzgaron superior aquella plaza á la de otras notables ciudades de diversos países del viejo mundo que habian recorrido (1).

Todo se vendia por cuenta y medida. El peso y las balanzas eran desconocidos, cosa singular en un país que habia hecho bastantes progresos en las artes.

Muchos contratos se hacian por medio de cambios; pero generalmente se verificaban las compras con la moneda usada en el país. Consistia ésta en saquitos de cacao, cuyo valor se regulaba por su calidad y tamaño; en cañuti-

(1) «Entre nosotros hubo soldado que habia estado en muchas partes del mundo, y en Constantinopla, y Roma, y dijeron, que plaza tan bien compensada, y con tanto concierto y tamaña, y llena de tanta gente, no la habian visto».—Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista*.

tos llenos de polvo de oro, y en pedacitos de estaño que tenian grabada una cifra semejante á una T.

El número de personas que concurrían al gran mercado de Tlatelolco ha sido apreciado de diversas maneras por los historiadores. Hernan Cortés calcula que concurrían diariamente sesenta mil individuos (1), y nadie aprecia el número en menos de cuarenta mil.

Cierto es que á estos mercados que se celebraban cada cinco dias, con el nombre de *tianguis*, concurrían millares de personas de los pueblos inmediatos, y aun los traficantes de lejanas ciudades que llevaban sus mercancías en grandes canoas que atravesaban el lago; pero no por esto debe de llamar menos la atencion la notable cifra señalada.

Los tianguis venían á ser lo que en Europa las ferias que periódicamente se celebraban en los siglos medios, que servían de centro al comercio de las diversas provincias, por la dificultad que habia entonces de comunicacion.

Pero en la capital habia, además del tianguis expresado, otros varios y espaciosos mercados á donde diariamente concurrían los comerciantes y compradores.

El gran mercado de la plaza de Tlatelolco, llamó altamente la atencion de Hernan Cortés y de sus compañeros,

(1) «Donde hay cotidianamente arriba de sesenta mil personas».—Cortés, segunda carta á Carlos V.—Zuazo pone ochenta mil, y el conquistador anónimo dice que de cuarenta á cincuenta mil. «Y el dia del mercado, que se hace de cinco en cinco dias, se reunen de cuarenta á cincuenta mil personas». Relacion de un gent.